

pierre bourdieu

las estrategias de la reproducción social



PARTE I
Reproducción y dominación

1. Estrategias de reproducción y modos de dominación

Una de las preguntas fundamentales respecto del mundo social es la de saber por qué y cómo ese mundo dura, persevera en el ser, cómo se perpetúa el orden social, vale decir, el conjunto de relaciones de orden que lo constituyen. Para dar una respuesta veraz a esta pregunta, hay que rechazar tanto la visión “estructuralista”, según la cual las estructuras, portadoras del principio de su propia perpetuación, se reproducen con la colaboración obligada de agentes sometidos a sus constricciones, cuanto la visión interaccionista o etnometodológica (o, en términos más amplios, marginalista), según la cual el mundo social es producto de los actos de construcción que en cada momento realizan los agentes, en una suerte de “creación continua”. Para expresarlo de otro modo: hay que recusar la cuestión de saber si las señales de sumisión que los subordinados acuerdan permanentemente a sus superiores constituyen y reconstituyen sin cesar la relación de dominación o si, a la inversa, la relación objetiva de dominación impone los signos de sumisión. De hecho, el mundo social está dotado de un *conatus*, como decían los filósofos clásicos –de una tendencia a perseverar en el ser, de un dinamismo interno, inscrito, a la vez, en las estructuras objetivas y en las estructuras “subjetivas”, las disposiciones de los agentes–, y está continuamente mantenido y sostenido por acciones de construcción y de reconstrucción de las estructuras que en principio dependen de la posición ocupada en las estructuras por quienes las llevan a cabo. Toda sociedad reposa sobre la relación entre esos dos principios dinámicos, que varían en importancia según las sociedades y están inscritos, uno en las estructuras objetivas, y más precisamente en la estructura de distribución del capital y en los mecanismos que tienden a garantizar su reproducción; el otro, en las disposiciones (a la reproducción). En la relación entre estos dos principios se definen los diferentes modos de reproducción, en especial las estrategias de reproducción que los caracterizan.

Antes de embarcarme en las abstracciones, inevitables, de la tentativa de formalización o, si no resulta demasiado enfático, de axiomatización a la cual voy a entregarme frente a ustedes,* querría recordar sucintamente las condiciones en que han nacido y se han desarrollado las reflexiones teóricas que me han llevado a crear el concepto de sistema de estrategias de reproducción. Considero necesario, especialmente en presencia de un auditorio que en su mayoría pertenece a otra disciplina (la historia) y a otra tradición intelectual nacional, explicitar el contexto histórico en el cual (y *contra* el cual) me he animado a pensar todo un tipo de acciones como estrategias (y no como puesta en acto de reglas) objetivamente orientadas hacia la reproducción de ese cuerpo social que es la familia (o el “hogar”) y constitutivas de un sistema.

Pero más que los malentendidos inherentes a la comunicación interdisciplinaria e internacional, temo los que pueden resultar de la desrealización que produce la formalización. He pensado con frecuencia, por ejemplo, que el pensamiento de Max Weber ha debido sufrir mucho a causa de las lecturas teoristas favorecidas por las tentativas de formalización que él presentó, hacia el final de su vida, en *Wirtschaft und Gesellschaft* [*Economía y sociedad*], y que sin duda gran parte de las deformaciones que ha sufrido su obra se habrían evitado si muchos de sus lectores (especialmente Talcott Parsons) hubieran tenido una visión más exacta del contexto histórico específico (el espacio de las posibilidades científicas) con relación a la cual aquella se constituyó, así como de las investigaciones históricas en las cuales se había cimentado. Además, dado que los principios de error contra los cuales se han construido no dejan de estar vigentes, los conceptos más rigurosamente controlados continúan expuestos a utilizaciones descuidadas y superficiales, que tienden a destruir el poder de *ruptura* que aquellos encierran: eso sucede día a día con nociones como capital cultural o capital simbólico.

No me es fácil reconstituir de manera exacta el espacio de los *posibles* teóricos frente al cual estaba situado cuando en los años sesenta comencé a interesarme, a propósito del caso de la Kabila y de Béarn, en la lógica de los intercambios matrimoniales y de las prácticas sucesorias. Lo cierto es que dicho espacio estaba dominado por la perspectiva estructuralista que, a favor de la ambigüedad de la noción de *regla*, podía dar las apariencias de una revolución teórica a una restauración del *juridicismo*, que

* Este texto es una transcripción del curso dictado en Gotinga el 23 de septiembre de 1993.

desde el origen acechaba en las investigaciones etnológicas en materia de teorías del parentesco, como lo ha mostrado muy bien Louis Dumont, pero también y sobre todo en materia de teorías de restitución de bienes. Representativa de esta visión es la lectura que Emmanuel Le Roy Ladurie hará de los trabajos de Jean Yver, que lleva a definir áreas geográficas en cuyo seno se imponen normas sucesorias inflexibles que no dan cabida a conciliaciones o negociaciones.¹ Sin duda porque era partícipe de este *mood* teórico, indiscutiblemente ligado al prestigio extraordinario que entonces poseía –en la opinión de todos los investigadores en ciencias sociales– la obra de Claude Lévi-Strauss, muy especialmente *Las estructuras elementales del parentesco*, yo había intentado, en un primer trabajo sobre el caso de Béarn, construir un modelo que vinculase las estrategias matrimoniales con las tradiciones sucesorias.² Sin embargo, un estudio más profundo de matrimonios concretos, y en particular de casos de casamientos desiguales, tanto en la Kabila como en Béarn, paulatinamente me había llevado a poner en duda la visión estructuralista, que quizá debía parte de su seducción al hecho de que tendía a reducir el funcionamiento social a una suerte de mecanismo de relojería, y a hacer del etnólogo –quien engendraba ese mecanismo– una suerte de Dios relojero, exterior y superior a su creación. En efecto, me parecía, tanto en el caso de la Kabila como en el caso de Béarn, que la norma oficial –el “casamiento preferencial” con la prima paralela o el derecho de primogenitura– apenas era una de las constricciones, y no la más imperativa, que los agentes debían considerar a la hora de concebir sus estrategias sucesorias o matrimoniales; y que por tanto era necesario abandonar la visión desde lo alto y la “mirada distante” que caracterizaban la visión estructuralista para situarse, con un cambio radical de “paradigma” (en el sentido de Kuhn), simbolizado por el recurso a la noción de estrategia, en el principio mismo de la práctica, en el punto de vista de los agentes.

1 Cf. J. Yver, *Égalité entre héritiers et exclusion des enfants dotés. Essai de géographie coutumière*, París, Sirey, 1966; E. Le Roy Ladurie, “Structures familiales et coutumes d’héritage en France au XVI^e siècle: système de la coutume”, *Annales ESC*, n° 4-5, 1972, pp. 825-846, reproducido en *Le territoire de l’historien*, París, Gallimard, pp. 222-251.

2 Cf. P. Bourdieu, “Célibat et condition paysanne”, *Études rurales*, n° 5-6, 1962, pp. 32-136 [“Celibato y condición campesina”, en *El baile de los solteros*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 17-127]. Respecto de este trabajo y su continuación y perfeccionamiento en la tradición etnológica, véase el número especial de la revista *Études Rurales: La terre, succession et héritage*, 1988, pp. 110-113.

Eso no quiere decir, como a veces ha sugerido Lévi-Strauss, en su conciencia, mediante una regresión hacia una fenomenología subjetivista, que sirve de fundamento a una visión ingenuamente “espontaneísta” del orden social.³ Ese cambio en la relación con los agentes –menos distante– y con la práctica –menos “intelectualista”– implicaba una transformación profunda de la mirada sobre las prácticas, es decir, la construcción de una teoría de la práctica fundada sobre una teoría reflexiva de la mirada teórica (o del *scholastic bias*) que implicaba una transformación profunda en la manera de efectuar la investigación acerca de las estrategias matrimoniales y sucesorias. Así, en el caso de Kabila, por ejemplo, junto con Abdelmalek Sayad he podido demostrar que ese elemento fundamental del capital simbólico, el nombre, era la apuesta de estrategias extremadamente complejas, tanto entre los ascendientes como entre los descendientes –estrategias que otros han podido observar en lugares y tradiciones muy diferentes–.⁴ Hablar de apuesta, de lo que está en juego, es abandonar la lógica mecanicista de la estructura en favor de la lógica dinámica y abierta del juego, y obligarse a tomar en cuenta, para comprender cada nueva jugada, la serie completa de jugadas anteriores, tanto en materia matrimonial como en materia sucesoria. En resumen, es obligarse a reintroducir el tiempo –que Leibniz definía como “el or-

3 La noción de estrategia, tal como la he empleado, tenía como primera virtud notar las *coacciones estructurales* que pesan sobre los agentes (contra ciertas formas de individualismo metodológico) y a la vez la posibilidad de *respuestas activas* a esas coacciones (contra cierta visión mecanicista, propia del estructuralismo). Como indica la metáfora del juego, en gran medida esas constricciones están inscriptas en el capital disponible (bajo sus diferentes formas), es decir, en la posición que cierta unidad ocupa en la *estructura* de la distribución de ese capital, y por tanto, en la correlación de fuerzas con otras unidades. En ruptura con el uso dominante de esa noción, que considera las estrategias expectativas conscientes y a largo plazo de un agente individual, yo utilizaba ese concepto para designar los conjuntos de acciones ordenadas en procura de objetivos a más o menos largo plazo, y no necesariamente planteadas como tales, que los miembros de un colectivo tal como la familia producen. (Cf. P. Bourdieu, “Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction”, *Annales ESC*, n° 4-5, 1972, pp. 1105-1127 [“Las estrategias matrimoniales en el sistema de las estrategias de reproducción”, en *El baile de los solteros*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 167-210]; C. Lévi-Strauss, “L’ethnologie et l’histoire”, *Annales ESC*, n° 6, 1983, pp. 1217-1231; P. Bourdieu, “De la règle aux stratégies”, en *Choses dites*, París, Minuit, 1987, pp. 75-93 [*Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988]).

4 P. Bourdieu, *Esquisse d’une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz, 1966, pp. 82-83, 133-137; Christiane Klapisch-Zuber, *La Maison et le Nom. Stratégies et rituels dans l’Italie de la Renaissance*, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1990.

den de las sucesiones”– y también, a la manera de los agentes mismos, el conjunto (o sistema) de estrategias de toda índole, matrimoniales y sucesorias, pero también económicas, educativas, etc., que residen en el principio del estado del juego y del poder sobre el juego y, merced a este, de toda nueva estrategia.

El corpus de propuestas teóricas que intentaré exponer se apoya, pues, sobre una gran serie de análisis históricos completamente específicos de las estrategias que, en contextos muy diferentes, agentes muy diferentes –campesinos kabilas o bearneses, señores de la industria preocupados por asegurar la perpetuación de su empresa o empleados deseosos de transmitir su capital cultural asegurando su conversión en capital escolar– ponen en práctica, y por cuyo intermedio se efectúa el *conatus* de unidad doméstica. Al igual que los análisis llamados etnológicos que he llevado a cabo respecto de Béarn o de la Kabila, que no han dejado de orientar mis investigaciones sobre las estrategias educativas que actualmente las diferentes categorías sociales ponen en práctica en todas las sociedades avanzadas para reproducir su posición en el espacio social, esos análisis que se da en llamar sociológicos me han permitido comprender más adecuadamente las transformaciones de las estrategias matrimoniales de las sociedades campesinas que han sido determinadas por la unificación del mercado de los bienes simbólicos y por la transformación profunda de los mecanismos de reproducción ligados al incremento extraordinario de la incidencia del sistema escolar.⁵

Puede trazarse una suerte de panorama de las grandes clases de *estrategias de reproducción* (engendradas por esas disposiciones) que se encuentran en todas las sociedades, si bien con diferente incidencia (especialmente según el grado de objetivación del capital) y bajo formas que varían según la índole del capital que se trata de transmitir y el estado de los mecanismos de reproducción disponibles (por ejemplo, las tradiciones sucesorias). Esta construcción teórica permite restaurar en el análisis científico la unidad de prácticas que diferentes ciencias (derecho, demografía, economía, sociología) casi siempre aprehenden en orden disperso y por separado.

5 Cf. P. Bourdieu, “Reproduction interdite. La dimension symbolique de la domination économique”, *Études Rurales*, n° 113-114, 1989, pp. 15-36 [“Prohibida la reproducción. La dimensión simbólica de la dominación económica”, en *El baile de los solteros*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 211-242] y “Le patronat”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 21, 1978, pp. 3-82.

Por interdependientes y entremezcladas que resulten en la práctica, es posible distribuir las estrategias de reproducción en algunos tipos de mayor alcance. Entre las *estrategias de inversión biológica*, las más importantes son las *estrategias de fecundidad* y las *estrategias profilácticas*. Las primeras son estrategias a muy largo plazo, que comprometen el futuro entero del linaje y de su patrimonio, y que apuntan a controlar la fecundidad, es decir, a aumentar o a reducir el número de hijos y, por ello, la fuerza del grupo familiar, pero también la cantidad de potenciales pretendientes del patrimonio material y simbólico: especialmente según la condición de los recursos disponibles, pueden echar mano de modalidades directas, con las técnicas de limitación de los nacimientos, o indirectas, por ejemplo con el matrimonio tardío o el celibato, que tiene la doble ventaja de impedir la reproducción biológica y de excluir (al menos de hecho) de la herencia (esa función cumple la orientación al sacerdocio de algunos de los hijos en las familias aristocráticas o burguesas bajo el Antiguo Régimen, o del celibato de los hijos más jóvenes en ciertas tradiciones campesinas que favorecen al primogénito). Las *estrategias profilácticas* están destinadas a preservar el patrimonio biológico asegurando los cuidados continuos o discontinuos destinados a mantener la salud o a mantener alejada la enfermedad y, en términos más amplios, asegurando una administración razonable del capital corporal.

Las *estrategias sucesorias* apuntan a garantizar la transmisión del patrimonio material entre las generaciones con el mínimo de desperdicio posible dentro de los límites de las posibilidades ofrecidas por la costumbre y el derecho –aunque fuese recurriendo a todos los artificios y todos los subterfugios disponibles dentro de los límites del derecho o a todos los manejos ilegales (como la transmisión directa e invisible de activos líquidos o de objetos). Estas estrategias se especifican según la forma de capital que se ha de transmitir y, por tanto, según la composición del patrimonio.

Las *estrategias educativas*, entre ellas el caso específico de las estrategias escolares de las familias o de los hijos escolarizados, son estrategias de inversión a muy largo plazo, no necesariamente percibidas como tales, y no se reducen, como cree la economía del “capital humano”, sólo a su dimensión económica, o incluso monetaria: en efecto, tienden ante todo a producir agentes sociales dignos y capaces de recibir la herencia del grupo. Eso sucede, en especial, con el caso de las estrategias “éticas” que apuntan a inculcar la sumisión del individuo y de sus intereses al grupo y a sus intereses superiores; así, cumplen una función fundamental, ase-

gurando la reproducción de la familia que de por sí es el “sujeto” de las estrategias de reproducción.

Las *estrategias de inversión económica*, en el sentido amplio del término, tienden a la perpetuación o el aumento del capital bajo sus diferentes formas. En efecto, a las estrategias de inversión económica en sentido acotado, es necesario agregar las *estrategias de inversión social*, orientadas hacia la instauración o el sostenimiento de relaciones sociales directamente utilizables o movilizables, a corto o a largo plazo, es decir, hacia su transformación en *obligaciones* duraderas, subjetivamente percibidas (sentimientos de reconocimiento, de respeto, etc.) o institucionalmente garantizadas (derechos), y, por lo tanto, en capital social y en capital simbólico, producido por la alquimia del intercambio –de dinero, de trabajo, de tiempo, etc.– y por todo un trabajo específico de sostenimiento de las relaciones. Entre las de inversión económica, en el caso especial de las *estrategias matrimoniales* debe asegurarse la reproducción biológica del grupo sin amenazar su reproducción social mediante casamientos desiguales, y ocuparse del mantenimiento del capital social, mediante la alianza con un grupo al menos equivalente bajo todos los aspectos socialmente pertinentes.

Las *estrategias de inversión simbólica* son todas las acciones que apuntan a conservar y a aumentar el capital de reconocimiento (en los diferentes sentidos), propiciando la reproducción de los esquemas de percepción y de apreciación más favorables a sus propiedades y produciendo las acciones susceptibles de apreciación positiva según esas categorías (por ejemplo, mostrar la fuerza para no tener que valerse de ella). Las *estrategias de sociodicea*, que son un caso especial dentro de este tipo, apuntan a legitimar la dominación y su fundamento (es decir, la especie de capital sobre la cual reposa), naturalizándolos.

Las estrategias de reproducción tienen por principio, no una intención consciente y racional, sino las disposiciones del habitus que espontáneamente tiende a reproducir las condiciones de su propia producción. Ya que dependen de las condiciones sociales cuyo producto es el habitus –es decir, en las sociedades diferenciadas, del volumen y de la estructura del capital poseído por la familia (y de su evolución en el tiempo)–, tienden a perpetuar su identidad, que es diferencia, manteniendo brechas, distancias, relaciones de orden; así, contribuyen en la práctica a la reproducción del sistema completo de diferencias constitutivas del orden social.⁶ Las estrategias de reproducción engendradas por las disposiciones

6 En efecto, el habitus tiende a perpetuarse según su determinación interna,

a la reproducción inherentes al habitus pueden ir a la par de estrategias conscientes, individuales y a veces colectivas, que, casi siempre inspiradas por la crisis del modo de reproducción consolidado, no necesariamente contribuyen a la realización de los fines a los cuales tienden.

Las estrategias de reproducción constituyen un *sistema* y, por ello, se ubican en el origen de los reemplazos funcionales y efectos compensatorios ligados a la unidad de función: por ejemplo, las estrategias matrimoniales pueden suplir las fallas de las estrategias de fecundidad. Visto que se aplican en diferentes puntos del ciclo de vida y que este constituye un proceso irreversible, las diferentes estrategias de reproducción están también *cronológicamente articuladas*, y cada una de ellas debe en cada momento tener en cuenta los resultados alcanzados por aquella que la ha precedido o que tiene un alcance temporal más breve: así, por ejemplo, en la tradición bearnesa, las estrategias matrimoniales dependían muy directamente de las estrategias de fecundidad de la familia, por intermedio de la cantidad y del sexo de los hijos, potenciales pretendientes de una “dote” o de una compensación; pero también de las estrategias educativas, cuyo éxito era la condición para implementar las estrategias tendientes a apartar de la herencia a las hijas y a los hijos más jóvenes (a unas mediante el matrimonio apropiado y a los otros mediante el celibato o la emigración); y, por último, dependían de las estrategias estrictamente económicas tendientes, entre otras cosas, a preservar o aumentar el patrimonio. Esta interdependencia se extendía durante varias generaciones, de modo que durante mucho tiempo una familia podía estar constreñida a imponerse duros sacrificios para compensar las “salidas” que habían sido necesarias para “dotar” en tierras o en dinero a una familia demasiado numerosa o para restablecer la posición material –y sobre todo simbólica– del grupo después de un casamiento desigual.⁷ Esos mismos análisis se aplican a las grandes familias aristocráticas y a las familias reales, cuyas estrategias domésticas se vuelven asuntos de Estado (guerras de sucesión, etcétera).⁸

afirmando su autonomía con respecto a la situación (en lugar de someterse a la determinación directa del entorno, como la materia).

7 Cf. de P. Bourdieu los ya citados “Célibat...” y “Les stratégies...”.

8 Para otros ejemplos, cf. la bibliografía de Marie-Christine Zalem, *Études Rurales*, n° 110-112, 1988, pp. 325-357, y también Kojima Hiroshi, “A Demographic Evaluation of P. Bourdieu’s ‘Fertility Strategy’”, *The Journal of Population Problems*, 45 (4), 1990, pp. 52-58.

Una historia comparada de los sistemas de estrategias de reproducción social debe tomar en cuenta, por una parte, la composición del patrimonio que se ha de transmitir, es decir, *el peso relativo de las diferentes formas de capital*, y, por otra parte, el estado de los mecanismos de reproducción (mercado, especialmente mercado del trabajo; derecho, especialmente derecho sucesorio o de propiedad; institución escolar y título escolar, etcétera). Por ejemplo, el peso determinante que posee el capital simbólico en el patrimonio de los campesinos kabilas (a causa de la tradición de indivisión de la tierra y del sitio conspicuo otorgado a los valores de honor, y por ende a la reputación del grupo) hace de esta sociedad una suerte de laboratorio que permite estudiar las estrategias de acumulación, reproducción y transmisión del capital simbólico: las estrategias que he analizado en torno a la transmisión de los nombres de los antepasados prestigiosos, o la importancia, a primera vista desmesurada, que se otorga a los juegos de honor se explican, sin duda, por el hecho de que la acumulación de capital simbólico, forma extremadamente frágil y lábil de capital, representa la forma principal de acumulación.⁹ Estas estrategias reaparecen entre los campesinos bearsneses, preocupados por conservar, aumentar y transmitir el nombre y renombre de la *maison* [“casa”, “familia”], pero se ven complicadas por el hecho de que la tierra poseída fija un límite a las estrategias, y en particular al nivel de exageración que autoriza la lógica de los juegos simbólicos.¹⁰ Otras constricciones –especialmente jurídicas, pero también políticas– concurren a dar su fisonomía particular a las estrategias de las familias reales o aristocráticas, aunque la familiaridad con las estrategias de las “casas” campesinas permite comprender de inmediato el principio que las guía.¹¹

Sin embargo, las diferentes estrategias de reproducción no pueden definirse acabadamente si no es en relación con mecanismos de reproducción, institucionalizados o no. El sistema de estrategias de reproducción de una unidad doméstica depende de los beneficios diferenciales que puede esperar de las diferentes inversiones en función de los poderes efectivos sobre los diferentes mecanismos institucionalizados (mercado económico, mercado escolar, mercado matrimonial) que le aseguran el volumen y la estructura de su capital. Especialmente debido a la estruc-

9 Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...*, ob. cit.

10 Cf. P. Bourdieu, “Célibat...”, ob. cit., y *Le Sens pratique*, París, Minuit, 1980 [*El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008].

11 Cf. P. Bourdieu, “Esprits d’État”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 96-97, 1993, pp. 49-52.

tura de las posibilidades diferenciales de beneficio que objetivamente ofrecen a sus inversiones los diferentes mercados sociales, se imponen sistemas de preferencias (o de intereses) diferentes y *propensiones* totalmente distintas a *invertir en los diferentes instrumentos de reproducción*. Por ejemplo, tanto en Francia como en Inglaterra, el largo período de transición del Estado dinástico al Estado burocrático está marcado en su totalidad por la lucha entre quienes no desean conocer ni reconocer otra cosa que las estrategias de reproducción de base familiar (los hermanos del rey), fundadas sobre los lazos de sangre, y quienes invocan las estrategias de reproducción burocráticas (los ministros del rey), fundadas sobre la transmisión escolar del capital cultural. En nuestras sociedades, donde se encuentran disponibles diferentes instrumentos de reproducción, la estructura de distribución de poderes sobre los instrumentos de reproducción es el factor que determina el rendimiento diferencial que estos últimos están en condiciones de ofrecer a las inversiones de los diferentes agentes y, por ello, de la reproductibilidad de su patrimonio y de su posición social. Y, por lo tanto, también de la estructura de sus propensiones diferenciales a invertir en los diferentes mercados. Se ha demostrado, por ejemplo, que el sistema escolar sólo puede contribuir a la reproducción de la estructura social –y, más precisamente, de la estructura de distribución del capital cultural– destinando a los niños a una eliminación tanto más probable cuanto provengan de familias más desprovistas de capital cultural, en la medida en que esos niños (y sus familias) tengan mayores posibilidades de presentar disposiciones que los vuelvan proclives a la autoeliminación (como la indiferencia o la resistencia contra las instigaciones escolares) si están situados en una posición más desfavorecida en la estructura de distribución del capital cultural.¹²

De igual modo, actualmente se advierte –en el seno del campo del poder e incluso en el seno del campo del poder económico– la oposición de agentes que, en función de la estructura del capital que poseen –más bien económico o más bien cultural– se orientan hacia estrategias de reproducción fundadas sobre la *inversión en la economía* o sobre la

12 Esto también lleva a abolir la distinción corriente entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos: a decir verdad, dichos mecanismos son demostrables sólo a condición de efectuar simultáneamente el análisis que puede denominarse cualitativo de las disposiciones –por ejemplo, los esquemas de percepción y de evaluación que los agentes individuales ponen en práctica en su elección de una disciplina– y el análisis estadístico de las estructuras, por ejemplo, las distribuciones entre las diferentes disciplinas según sexo y origen social.

inversión *en la escuela*: así, por un lado, entre los “jefes de familia”, se da la transmisión –enteramente controlada por la familia– de un derecho de propiedad hereditario y, por el otro, la transmisión –más o menos asegurada y controlada por el Estado– de un poder vitalicio, fundado sobre el título escolar que, a diferencia del título de propiedad o del título de nobleza, no es transmisible por herencia. En términos más generales, la propensión a invertir en el sistema escolar depende del peso relativo del capital cultural en la estructura del patrimonio: a diferencia de los empleados o de los maestros de escuela que concentran sus inversiones en el mercado escolar, los jefes de familia, cuyo éxito social no depende en el mismo grado del éxito escolar, invierten menos “interés” y trabajo en sus estudios, y no obtienen el mismo rendimiento de su capital cultural.

Las transformaciones de la relación entre el patrimonio considerado en su volumen y en su estructura y el sistema de los instrumentos de reproducción, con la correlativa transformación de las posibilidades de beneficio, tienden a ocasionar una *reestructuración* del sistema de estrategias de reproducción: los poseedores de capital no pueden mantener su posición en la estructura social sino al precio de una *reconversión* de las formas de capital que ellos poseen en otras formas, más rentables y más legítimas dado el estado de los instrumentos de reproducción considerado; por ejemplo, el principio de la reconversión, en la Alemania del siglo XIX, que efectuó el tránsito de una aristocracia terrateniente hacia una burocracia de Estado.

En universos sociales donde los que dominan deben constantemente cambiar para que nada cambie, ellos tienden necesariamente a dividirse –sobre todo en los períodos de transformación rápida de los modos de reproducción– según el grado de reconversión de sus estrategias de reproducción: los agentes o los grupos mejor provistos de los tipos de capital que permiten valerse de los nuevos instrumentos de reproducción, y, por lo tanto, los más proclives y más aptos para emprender una reconversión, se oponen a los más ligados al tipo de capital amenazado (por ejemplo, en vísperas de la Revolución de 1789, los pequeños aristócratas de provincia se oponen a la nobleza y a la burguesía de toga o, en 1968, los profesores de las disciplinas más directamente subordinadas a los concursos de reclutamiento de los profesores –gramática, lenguas clásicas o incluso filosofía– se oponen a los profesores de las disciplinas nuevas, como las ciencias sociales). Muchas de las grandes oposiciones que están en el centro de los debates ideológicos de una época (por ejemplo, en la actualidad, las discusiones sobre la “cultura”) no son más que el

enfrentamiento entre diferentes formas de la sociodicea conservadora: aquellas que apuntan sobre todo a legitimar el modo de reproducción antiguo, explicitando lo que hasta ese momento ni siquiera hacía falta explicitar y transformando la doxa en ortodoxia, en oposición a aquellas que apuntan a racionalizar –en el doble sentido– la reconversión, apresurando la toma de conciencia de las transformaciones y la elaboración de las estrategias adaptadas (y legitimando esas estrategias frente a los “integristas”).

Así, la mayor virtud de la construcción del concepto de modo de reproducción como relación entre un sistema de estrategias de reproducción y un sistema de mecanismos de reproducción es que permite construir y comprender *de modo unitario* fenómenos que pertenecen a universos sociales muy alejados, como la transmisión de los nombres en la Kabila y en la Italia del Renacimiento¹³ o la política de las grandes dinastías reales y la política doméstica de las familias campesinas (al tiempo que hace que desaparezca la ruinoso oposición entre sociología, historia y etnología). Sin embargo, ello no debe hacer olvidar (por esta suerte de “etnologismo” que ha afectado a la última Escuela de los Anales), las muy profundas *diferencias* entre las sociedades donde las disposiciones a la reproducción y las estrategias de reproducción que estas engendran no encuentran otro sustento, en la objetividad de las estructuras sociales, que las estructuras familiares, principal –si no exclusivo– instrumento de reproducción, y por tanto deben organizarse en torno a las estrategias educativas y matrimoniales, y las sociedades que pueden sustentarse en las estructuras del mundo económico y a la vez en las estructuras de un Estado organizado: entre ellas, las más importantes, desde el punto de vista de la reproducción, son las estructuras de la institución escolar.

Las sociedades precapitalistas o protocapitalistas se diferencian de las sociedades capitalistas en el hecho de que allí el capital está mucho menos objetivado (y codificado) que en las últimas y mucho menos inscripto en instituciones capaces de asegurar su propia perpetuación y contribuir mediante su funcionamiento a la reproducción de las relaciones de orden que son constitutivas del orden social. De ello se deriva que, en esas sociedades, el problema de la perpetuación de las relaciones sociales, y

13 Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...*, ob. cit., pp. 82-83, 133-137, y Christiane Klapish-Zuber, *La Maison et le Nom*, ob. cit.

muy especialmente de las relaciones sociales de dominación, se plantea de manera especialmente dramática: ¿cómo es posible retener a alguien de manera duradera? ¿Cómo pueden instaurarse relaciones de trabajo, de intercambio, etc., y muy particularmente relaciones asimétricas de dominación que sean capaces de perpetuarse en el tiempo, incluso más allá de los límites de la vida de los involucrados en ellas?¹⁴ Al respecto, cabe citar a Marx, quien opone las sociedades en que las relaciones de producción adoptan la forma de “relaciones de dependencia personal” y las sociedades en que aquellas descansan sobre “la independencia de las personas fundada en la dependencia material”.¹⁵ De hecho, mientras no existan estructuras objetivas tales como el mercado de trabajo (y el “trabajador libre” en el sentido de Weber) y el conjunto de las instituciones estatales –entre las cuales la más importante, desde este punto de vista, es la institución escolar–, los dominantes deben dedicarse a un trabajo de continua creación de las relaciones sociales, reducidas a relaciones personales. Ello se ve muy bien en el caso de las relaciones entre el *fellah* [pequeño propietario agrícola] y su *jammés*, aparcerero al quinto: el patrón debe sostener constantemente la relación, mediante una serie de intercambios que apunta a identificarla con una relación entre parientes (puede llegar a dar una de sus hijas a un hijo del *jammés*). En ausencia de lo que Sartre llamaba “violencia inerte” de los mecanismos económicos y sociales tales como los del mercado de trabajo y de la violencia legítima de las reglas de derecho, está obligado a recurrir a estas formas suaves o eufemizadas de la constricción que definen la *violencia simbólica*, especialmente con todos los recursos del paternalismo (y que pueden asociarse a la violencia física más brutalmente ejercida, como en el caso de la venganza).¹⁶

14 ¿Cómo, cuando no hay recurso posible a la justicia y a la policía, puede coaccionarse a un deudor? Según observa Renou, muy a menudo no hay otro recurso que la magia, o, más precisamente, la maldición mágica (arma de los débiles, frecuentemente de las mujeres).

15 K. Marx, *Principes d'une critique de l'économie politique*, en *Ceuvres*, t. I, París, Gallimard-Pléiade, p. 210 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI].

16 Notamos la simplificación que Norbert Elias impone sobre la realidad histórica cuando reduce a un modelo lineal de progresiva disminución la historia de la evolución de la violencia: si es que los grandes modelos de evolución tienen un interés y un sentido, sería necesario al menos tomar nota de que en muchas sociedades arcaicas la violencia física más brutal (especialmente en las relaciones con el *out group*) coincide con formas altamente eufemizadas y estilizadas de violencia simbólica (por ejemplo, con el intercambio de dones), que esas

Así, las sociedades precapitalistas y protocapitalistas no ofrecen las condiciones para una dominación impersonal y, menos aún, para una reproducción impersonal de las relaciones de dominación. No disponen de la violencia oculta de los mecanismos que basta con librar a un *laissez faire*, como el mercado de trabajo o el mercado escolar. De ello resulta que la perpetuación de las relaciones sociales descansa casi exclusivamente sobre el habitus, es decir, sobre las disposiciones socialmente instituidas mediante estrategias metódicas de inversión educativa, que inclinan a los agentes a producir el trabajo continuo de sostenimiento de las relaciones sociales (especialmente con el trabajo simbólico de construcción y de reconstrucción genealógica), y por consiguiente del capital social, y también del capital simbólico de reconocimiento que procuran los intercambios regulados, en particular los intercambios matrimoniales. Y si las estrategias matrimoniales ocupan un lugar tan importante en el sistema de las estrategias de reproducción, se debe a que, sin estar necesariamente codificado de manera tan perfectamente rigurosa como lo hacen creer ciertas teorías del parentesco, el vínculo matrimonial se muestra como uno de los instrumentos más seguros propuestos, en la mayor parte de las sociedades (e incluso en las sociedades contemporáneas), para asegurar la reproducción del capital social y del capital simbólico, salvaguardando a la vez el capital económico.

En sociedades en las cuales los agentes están cada vez más durablemente sujetos (especialmente en posición dominada) por efecto de mecanismos generales tales como los que rigen el mundo económico y el mundo cultural (y en las cuales uno puede decir que, grosso modo, el capital va al capital), el peso de las estrategias matrimoniales tiende globalmente a disminuir, aunque siga siendo importante cuando la familia posee el control total de una empresa agrícola, industrial o comercial (en ese caso, las estrategias de la familia que busca asegurar su propia reproducción —estrategias de fecundidad, estrategias educativas, estrategias sucesorias y, sobre todo, estrategias matrimoniales— tienden a subordinarse a las estrategias estrictamente económicas).

formas refinadas (cuya supervivencia es sin duda el paternalismo) han decaído a medida que se instauraba la violencia inerte de los mecanismos del mercado de trabajo y, por último, que en las sociedades económicamente avanzadas la violencia inerte encuentra un correctivo en la violencia suave del *management* ilustrado, toda vez que el estado de la relación de fuerzas lo impone.

A medida que un campo económico provisto de sus propias leyes de desarrollo se constituye, y a medida que se instauran mecanismos que aseguran la reproducción durable de su estructura, cuya constancia contribuye a garantizar el Estado (como los ligados a la existencia de la moneda, fundamentos de la confianza indispensable para posibilitar las inversiones transgeneracionales), el poder directo y personal sobre personas tiende a ceder cada vez más lugar al poder sobre mecanismos que asegura el capital económico o el capital cultural (el título escolar).

El surgimiento del Estado, que organiza la concentración y la redistribución de las diferentes formas de capital (económico, cultural y simbólico), acarrea una transformación de las estrategias de reproducción. Puede verse un ejemplo, para el capital simbólico, en el pasaje del honor feudal, fundado sobre el reconocimiento acordado por los pares y por los plebeyos, que debe conquistarse y mantenerse sin cesar, a los honores burocráticamente conferidos por el Estado. Un proceso análogo se observa en el dominio del capital cultural. La historia de las sociedades europeas está muy profundamente marcada por el paulatino desarrollo, en el seno del campo del poder, de un *modo de reproducción con componente escolar*, cuyos efectos se ven, en primer lugar, en el propio campo del poder, con el pasaje de la lógica dinástica de la “casa real”, fundada sobre un modo de reproducción familiar, a la lógica burocrática de la razón de Estado, fundada sobre un modo de reproducción escolar. Uno de los factores de esta evolución es el conjunto de contradicciones y de conflictos nacidos de la coexistencia, en el seno del Estado dinástico, *de dos categorías de agentes*, el rey y su familia por una parte, los funcionarios del rey, por otra parte; es decir, de dos modos de reproducción y de dos poderes, un poder heredado y hereditariamente transmisible por la sangre, y consiguientemente fundado sobre la naturaleza (con el título nobiliario), y un poder adquirido y vitalicio, fundado sobre el “don” y el mérito y garantizado por el derecho (con el título escolar). El proceso de desfeudalización que lleva del Estado dinástico al Estado burocrático puede describirse como un proceso de desnaturalización, una paulatina ruptura de los lazos naturales, de las lealtades primarias de base familiar. El Estado moderno es, en primer lugar, *antiphysis*, y la lealtad hacia el Estado supone una ruptura con todas las fidelidades originarias.

El Estado surgido de semejante proceso de erradicación de todo vestigio de lazos naturales –que pese a todo sobreviven en el nepotismo y el favoritismo– favorece y garantiza que en el seno del campo del poder de Estado, pero también en el seno del campo del poder económico, funcione el modo de reproducción escolar, cuya *lógica específica* puede

aprehenderse *si se la compara* con el modo de reproducción familiar que se perpetúa pese a todo (en una oposición que evoca aquella que se establecía entre la casa real y los funcionarios reales).

En las grandes firmas burocráticas, el diploma deja de ser mero atributo estatutario (como el diploma de derecho de un patrón privado) para volverse un verdadero derecho de acceso: la *escuela* (bajo la forma de la *grande école*)* y el *corps* [“cuerpo institucional” o “cuerpo de Estado”], grupo social que la escuela produce en apariencia *ex nihilo* (pero, de hecho, a partir de propiedades ligadas a la familia), toman el lugar de la familia y del parentesco, pues la cooptación de condiscípulos sobre la base de las solidaridades de escuela o de *cuerpo* cumple el rol del nepotismo y de las solidaridades de clan en las empresas familiares.

Toda estrategia de reproducción implica una forma de *numerus clausus* en la medida en que cumple funciones de inclusión y de exclusión, limitando ya sea el número de productos biológicos del cuerpo (pero sólo la familia puede hacerlo), ya el número de individuos habilitados para formar parte de él (y esto puede traer aparejada la exclusión de parte de los productos biológicos del cuerpo: mujeres, hijos más jóvenes, etcétera). Lo más importante es que, en el modo de reproducción “familiar”, la responsabilidad de estos ajustes incumbía a la familia. En el modo de reproducción con componente escolar, al cual los grandes señores tecnocráticos deben su posición, la familia pierde el dominio de las decisiones sucesorias y el poder de designar por sí misma a los herederos. Lo que caracteriza al modo de reproducción escolar es la lógica estrictamente *estadística* de su funcionamiento. La responsabilidad de la transmisión no incumbe más a una persona o a un grupo, coaccionados u orientados por la tradición (derecho de primogenitura, etc.), como en la transmisión familiar, sino a todo un conjunto de agentes individuales o colectivos cuyas acciones aisladas y estadísticamente agregadas tienden a asegurar a la clase en su conjunto privilegios que niega a algunos de sus elementos tomados por separado: la escuela no puede contribuir a la reproducción de la clase (en el sentido lógico del término) sino sacrificando a ciertos miembros de la clase que escatimaría un modo de reproducción, dejando a la familia pleno poder sobre la transmisión. La *contradicción específica* del modo de reproducción escolar reside en la

* *Grande école* (gran escuela) designa en Francia a una serie de establecimientos públicos de educación superior. Son escuelas de elite, con estrictos concursos de ingreso, de donde egresan los altos funcionarios del Estado francés.

[N. de T.]

oposición entre los intereses de la clase que la escuela protege estadísticamente y los intereses de los miembros que ella sacrifica. Y también en el hecho de que la superproducción, con todas las contradicciones que implica, se vuelve una constante estructural cuando, junto con el modo de reproducción con componente escolar, se ofrecen posibilidades teóricamente iguales de obtener títulos escolares a todos los “herederos”, tanto muchachas como muchachos, tanto primogénitos como hermanos menores, a la vez que el acceso de los “no herederos” a esos títulos se incrementa también (en cifras absolutas) y que la eliminación brutal, desde el ingreso a la enseñanza secundaria, cede lugar a una eliminación calma, suave y discreta. Sin duda, la crisis de 1968 es en parte efecto de esta contradicción.

Con todo, hay que tener cuidado de no reducir la oposición entre los dos modos de reproducción a la oposición entre el recurso a la familia y el recurso a la escuela. De hecho, se trata más bien de la diferencia entre una administración puramente familiar de los problemas de reproducción y una administración familiar que hace entrar en las estrategias de reproducción cierto uso de la escuela. En efecto, además de que la acción de reproducción que ejerce la escuela se apoya sobre la transmisión doméstica del capital cultural, la familia continúa aplicando la lógica (relativamente autónoma) de su propia economía, que le permite acumular el capital poseído por cada uno de sus miembros al servicio de la acumulación y de la transmisión del patrimonio.

Otro error posible consiste en concluir, según un esquema evolucionista simple, que los dos modos de reproducción corresponden a dos momentos de una evolución inseparable de aquella que, según ciertos autores, determina el tránsito desde un modo de dominación fundado sobre la propiedad y los *owners* hacia otro, más racional y más democrático, fundado sobre la “competencia” y los *managers*. De hecho, la definición del modo de reproducción legítimo es *objeto de luchas*, especialmente en el seno del campo del poder económico, y es necesario tomar precauciones para no entender como el fin de la historia lo que no es sino un estado de una relación de fuerzas susceptible de ser subvertido. Esas luchas suelen tomar la forma de una lucha por el *poder sobre el Estado* y sobre el poder que este último está en condiciones de ejercer sobre el sistema de instrumentos de reproducción, en especial económicos o escolares.

Habría que analizar largamente los efectos de la transformación del modo de reproducción sobre el funcionamiento de la familia como instancia responsable de la reproducción y, a la inversa, los efectos de las

transformaciones de la familia (por ejemplo, con el aumento en la tasa de divorcio) sobre el funcionamiento del modo de reproducción con componente escolar. ¿La crisis de la familia está ligada a transformaciones de las estrategias de reproducción tendientes a reducir la necesidad de la unidad doméstica? Sin embargo, una gran cantidad de indicios induce a creer que la familia burguesa sigue cultivando su integración social, que es la condición primordial de su aporte a la perpetuación de su capital social y de su capital simbólico y, por ello, de su capital económico. Todavía se está lejos del agente económico aislado, tal como lo describen los economistas.

Todo ello conduce a preguntarse quién es, en definitiva, el “sujeto” de las estrategias de reproducción. Es cierto que la familia y las estrategias de reproducción son socias en este juego: sin familia, no habría estrategias de reproducción; sin estrategias de reproducción, no habría familia (o *corps* y *Stand* como cuasi familia). Para que las estrategias de reproducción sean posibles es necesario que la familia exista, lo cual no va de suyo; además de que esas estrategias constituyen un requisito para la perpetuación de la familia, esa creación continua. La familia, en la forma peculiar que reviste en cada sociedad, es una *ficción social* (a menudo convertida en ficción jurídica) que se instituye en la realidad a expensas de un trabajo que apunta a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida (especialmente por el casamiento, como rito de institución) sentimientos adecuados para asegurar la integración de esta unidad y la *creencia* en el valor de esta unidad y de su integración. Puede verse que las estrategias educativas tienen una función absolutamente fundamental; como todo el *trabajo simbólico*, teórico (genealógico especialmente) y práctico (intercambio de dones, de servicios, fiestas y ceremonias, etc.), que incumbe preeminentemente a las mujeres y que transforma en disposición amante la obligación de amar, y que tiende a dotar de un “espíritu de familia” a cada uno de sus miembros: ese principio cognitivo de visión y de división es simultáneamente un principio práctico de cohesión, generador de dedicaciones, generosidades, solidaridades, y de una adhesión vital a la existencia de un grupo familiar y de sus intereses.

Este trabajo de integración es tanto más indispensable cuanto que la familia (si bien debe funcionar como un *cuervo* para cumplir con los cánones) tiende siempre a funcionar como un *campo*, con sus relaciones de fuerza físicas, económicas y, sobre todo, simbólicas (v. g.: ligadas al volumen y a la estructura del capital poseído por los diferentes

miembros) y sus luchas por la conservación o la transformación de esas relaciones de fuerzas. Tan sólo a expensas de un trabajo constante las fuerzas de *fusión* (ante todo, afectivas) llegan a contrarrestar o a compensar las fuerzas de *fisión*.

La unidad de la familia está conformada para y por la acumulación y la transmisión. El “sujeto” de la mayor parte de las estrategias de reproducción es la familia, que actúa como una suerte de sujeto colectivo y no como simple conjunto de individuos. Para comprender las estrategias colectivas de las familias (en el caso del casamiento kabila, por ejemplo, o en el caso de la compra de una casa en la Francia actual), es necesario conocer, en primer lugar, la estructura y la historia de la relación de fuerzas entre los diferentes agentes y sus estrategias. Pero es necesario también conocer el volumen y la estructura del capital que ellas tienen para transmitir, y por tanto la posición de cada una en la estructura de distribución de las diferentes formas de capital. En efecto, esta posición rige las estrategias (y es el verdadero sujeto); así se explica que, según su propio *conatus*, cada una de las familias contribuya a reproducir el espacio de las posiciones constitutivas de un orden social y, con ello, a realizar el *conatus* inscripto en ese orden.¹⁷

Se percibe con mayor claridad la cuestión planteada al comienzo, acerca de las condiciones de la permanencia del orden social. El mundo social no es ese universo radicalmente discontinuo que presentaba Hobbes, de acuerdo con Durkheim (“Para Hobbes, un acto de voluntad hace nacer el orden social y un acto de voluntad perpetuamente renovado es su sustento”), y que proponen hoy todos aquellos a quienes la preocupación por devolver al “sujeto” su lugar los hace reducir las relaciones sociales, incluidas las relaciones de dominación, a los actos (de sumisión, especialmente) que en cada momento realizan los agentes. Como el universo físico según Leibniz, tiene en sí mismo el principio de su dinamismo y de su lógica. Esta *vis insita*, que es también una *lex insita*, está inscripta simultáneamente en las estructuras objetivas (y los mecanismos que aseguran su reproducción como aquellos que lo

17 En el caso de las sociedades estatales, es necesario también conocer la historia del trabajo de institucionalización cuyo resultado es la familia tal como la conocemos. Esto tan privado es, de hecho, un asunto público, en la medida en que depende de acciones públicas tales como la política de vivienda o, más directamente, la política de familia y el derecho familiar; garantizada por el Estado, ratificada por el Estado, recibe del Estado los medios para existir y para subsistir.

hacen con la distribución del capital cultural) y en las estructuras del habitus o, más precisamente, en la relación entre unas y otras; está en las probabilidades objetivas inscriptas en las tendencias inmanentes a los diversos campos sociales (como tendencias a producir frecuencias estables y regularidades, a menudo reforzadas por reglas explícitas) y en las esperanzas subjetivas, groseramente ajustadas a esas tendencias, que están inscriptas en las inclinaciones del habitus.